

El Baluarte

Lagascá núm. 9.

MADRID

Subscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—Un año, 20 ptas.—Provincias: Tres meses, 7 1/2 ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado. Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 90.

Sevilla.—Martes 17 de Abril de 1900

AÑO XXIV.

NUESTRO JUICIO

Serenos, sin apasionamientos, transcurridos tres días desde aquel en que el Sr. Maura se entregó a la crítica de Sevilla desde el escenario del teatro San Fernando, venimos hoy a comunicarnos con el lector sensato, para decirle, porque nos place, lo que oímos y lo que pensamos, entendiendo que si las opiniones en el agitado revuelo de la política sólo valen en fuerza de la autoridad de quien las suscribe, la nuestra no tendrá valor alguno, siquiera gane un puesto humilde en el concepto público por la sinceridad con que hemos de exponerla ciertamente.

Buscad en todo acto de resonancia sus antecedentes, y los encontraréis. Busquemos los en la venida del Sr. Maura.

De una parte, móviles de un interés local y particularísimo determinaron su presencia en Sevilla. De otro lado, fines de carácter general, reclamaban, en orden a la política más o menos definida del Sr. Gamazo, algo que fuera como la afirmación de la personalidad, de la entidad beligerante.

Los primeros, están bien al alcance de cuantos vivimos en Sevilla; preocupándonos poco ó mucho de la cosa pública.

Las debilidades y la falta de orientación de los conservadores en la capital y en la provincia; las disidencias y abatimiento de las fuerzas fusionistas; la pasividad y reprochable incuria de los elementos republicanos, debía dar por natural resultado preponderancia y vigor á aquel que con mayor ó menor habilidad concertase voluntades y samase individuos, unidos, más que por los lazos inquebrantables del ideal, por los claramente efímeros del halago, la promesa y la personal simpatía.

Tal labor la realizó con el más completo éxito D. Pedro Rodríguez de la Borbolla. Y nosotros, reconocidos adversarios suyos, pero que procedemos con lealtad, confesamos que de triunfo en triunfo caminó el Sr. Borbolla en sus arreglos por pueblos y ciudades, sin que tuviera enfrente no más que contadísimas entidades. De este modo fuéronse acorralando con mani-fiesta cobardía todas las fuerzas políticas contrarias, y D. Pedro Rodríguez de la Borbolla, considerándose dueño del campo, acaso con fundamento, pensó en afirmar para lo porvenir su situación con actos que en las agrupaciones políticas es algo así como el sello de pública valía y de notoria beligerancia. Era de necesidad, pues, que bautizadas sus fuerzas en la pila del gamacismo, los neófitos escuchasen la voz del padrino, cuya protección y consejos tanto alienta á los ahijados.

Hé aquí los propósitos de carácter local. Véamos los otros.

La posición anodina y vacilante en que las agrupaciones políticas están, una vez cerradas las Cortes; los pinitos de oposición hechos por la minoría gamacista, siquiera tristemente ayudara al Gobierno en los momentos de las votaciones; las nefandas aproximaciones que ya se dibujan entre determinados elementos del partido sagastino y la Unión Nacional; el deseo de buscar la benevolencia de Siveola, la sonrisa de Sagasta, y una mirada benévola de la Corona, imponían á Gamazo el deber político de atraer sobre su mesnada la atención de las gentes. Si á estos propósitos de carácter general se unían los particularísimos que animaban á D. Pedro Rodríguez de la Borbolla, ¿dónde mejor que en las bengalas que en Sevilla, casi ungida y oleada como la Meca del gamacismo?

Y vino Maura á Sevilla. Conocedores sus secuaces de lo que representa en el bullir de sus política de sonopeto la *mise en scene*, diéronse prisa y destreza á preparar su teatro, para que la función resultara atractiva y esplendorosa.

Pero en mala hora se lanzaron á propalar, sin duda oficiosamente, sin duda inadvertidos, sin duda candorosamente, por no conocer la nueva iglesia en que se han metido, que el ilustre lugarteniente de D. Germán Gamazo, arrojando á la pública expectación y á las admoniciones de su cuñado, daría en su propagan-

da política dos notas que habían de lograr el favor de ese público no aveído con los añejos turnos del poder.

Viene á realizar, se decía, un acto tan patriótico y tan desligado de compromisos, que se afirmará por la clara manifestación de estas dos tendencias:

«Energica censura á la obra económica y política del Gobierno. Condenación de la conducta observada por la agrupación sagastina, fautora principal de nuestros desastres.»

¿Se han cumplido estos sugestivos anuncios?

¿La opinión ha recibido con aplauso la obra política del Sr. Maura en Sevilla? ¿El Sr. Maura ha estado á la altura de las circunstancias? ¿Se deducen de las palabras de esta preeminente figura que el gamacismo tiene proclama? ¿Se deduce que puede este partido incipiente poner los primeros jalones para la transformación de la patria? ¿Hay más, si, hay más amor á los principios, hay más buena voluntad en este grupo que en los demás que integran la miserable política española?

Quédese para otro artículo el exámen de estas cuestiones, exámen de cierto necesario para fijar bien la esfera de acción de cada organismo, y señalar con exactitud el verdadero efecto que el trabajo de D. Antonio Maura ha causado.

FRAY VERDADES.

Murmuraciones

En el discurso-brindis que ayer pronunció el Sr. Maura en el almuerzo con que le obsequiaron en el teatro Eslava estuvo algo más significativo que en el mitin en el teatro San Fernando.

En éste se dejó llevar de los efectos de una mala digestión, y así le salió ello.

Ayer... ya fué otra cosa.

Vamos á verlo.

Decía ayer:

«He oído de labios de algunos de los que me han precedido en el uso de la palabra, que no necesitamos del poder. Esto es una gran verdad y una gran mentira; porque si es cierto que no somos de los que lo buscamos como medio de vivir, también es evidente que deseamos el bien de la patria, y para realizarlo se necesita del gobierno como instrumento, como medio.»

Lo que importa es querer el poder para hacer el bien, y una vez en él hacerlo, y si no se hace, abandonarlo.»

Sr. D. Antonio: Siento mucho decirle que sus palabras de ayer están en contraposición de las pronunciadas anteriormente.

En el mitin en San Fernando atacó, y hasta desacreditó á los partidos políticos, y para ello comenzó por decir que no hablaba como político, sino como español.

Cualquiera que no fuera usted podría hablar así, y lo hubiéramos creído sincero.

Pero quien—como usted—ha sido, y es, una figura política de gran relieve, ó tiene que retirarse á su casa, si se cree equivocado, ó tiene que insistir en ser hombre político en toda ocasión, para enmendar sus yerros, si los sufrió—que yo creo que sí—ó para probar que tiene alientos de gran gobernante y amor de verdadero patriota.

Por lo tanto, pidiendo el poder para gobernar, y exponiendo un plan de gobierno como su conciencia le dicte, cumple usted su misión de hombre político gobernante.

¿Ha explanado usted su programa?

No señor: como español, es decir, como caballero particular, nos ha demostrado sus ideas un tanto retrógradas y pasadas de moda, inclinándose al lado de todos los privilegios.

Y siguió usted diciendo en el teatro Eslava:

«El que dude de mi sinceridad no merece ni mi desprecio; siquiera, porque lo que ahora digo hace años que vengo practicándolo, y siempre demostré con hechos lo que prediqué con mi palabra.»

Eso es una arrogancia indigna de un hombre de la cultura y de la representación de usted.

¿Dudar! Del mismo Cristo, del mismo Jesús dudó el pueblo hebreo. Porque dudamos de sus palabras les damos valimiento y consistencia.

¿Es usted, acaso, más que Dios?

¿No hemos de dudar? ¿Acaso tiene usted otra envoltura que la terrena?

¿Será usted, acaso, capaz de marchar al sacrificio, si estuviera persuadido que en él iba á perder siquiera la uña de un dedo?

¿Es usted impecable? ¿Es usted ultraterreno?

¡Válgame Dios y lo que ensorbece una hermosa posición!

Usted—que parece sincero—nos da la clave cuando dice para corroborar su arrogancia:

«Hace doce años me negué á entrar en el Gobierno; más adelante me negué de nuevo, y cuando ya, obligado á prestar mi concurso, adquirí la convicción de que no se realizaban mis ideales, abandoné la cartera.»

Dicho así como usted lo dice parece que hay que doblar la cabeza; pero en ley de razón y verdad, como no arguye otras manifestaciones más explícitas, nos puede dar derecho á creer que no gobernó por atender á conveniencias de partido, que no deben servir de impedimento jamás, jamás, á un buen patriota, como usted se cree y nosotros no le queremos discutir.

Y sigue diciendo el Sr. Maura:

«La fuerza política es lo más vil que hay, si no se pone al servicio de las aspiraciones honradas de la conciencia pública.»

Pasa con frecuencia en el campo de la política lo que debió pasar en la torre de Babel: que no hay comunicación de ideas, oyéndose sólo ruido de palabras sin significado aparente. Así no me extraña que alguien no vea ahora más que palabras en mis manifestaciones. Es que no podemos comunicarnos.»

—¡Tú lo dijiste!—que dijo Jesús á Pilatos.

—¡O ahí duele!—que digo yo para probarle al Sr. Maura que no es todo lo sincero que pretende ser, y que la arrogancia vulgar de oficinista, despreciando al que dude de sus palabras, no pasa de ser una bengala sin luz que llame la atención.

«No podemos comunicarnos!»

¿Por qué? ¿Quién pone veto á su conciencia, á su voluntad, á sus sentimientos?

¿Las conveniencias políticas y de partido?

¡Pues ahí tiene por qué no es un hombre sincero, y por qué tenemos derecho á dudar de sus palabras todos aquellos que no comulgamos con ruedas gamacistas, aunque éstas vengán revestidas con el croupel de la elocuencia!

Y dice D. Antonio:

«Los que creen que los partidos sólo sirven para conducir á los placeres de la dominación, esos no nos entenderán jamás.»

Pues entonces, de los cuatrocientos asistentes al almuerzo, se quedaron á oscuras tres partes.

Porque si el Sr. Maura se ha creído que allí no había más que apóstoles dispuestos á difundir la buena nueva por amor á la patria, es una gran equivocación.

Y como eso no lo puede creer el Sr. Maura—¡ya se ve que no!—sus argumentos, ni son lógicos, ni tienen ninguna virtualidad.

Y concluyó diciendo:

«Nosotros erraremos ó no, pero declaramos lo que queremos y lo que pensamos.»

Ustedes—en Sevilla por lo menos—no habéis delarado nada.

El Sr. Maura ha hablado en particular, como un español que habla mucho y que habla bien; pero como hombre de partido no ha dicho nada.

De modo, que no queremos ni pensamos nada en mancomún, sino en particular.

Deduciendo de todo esto que la bandera gamacista está todavía en el portal de la casa de Sagasta esperando que le digan que pase, ó que se vaya.

Y para ese viaje, Sr. D. Antonio, no hay que indignarse contra quienes no queremos creer todavía que van á salvarnos los hombres que tienen que acudir semanal ó mensualmente al tribunal de la penitencia en busca de la remisión de sus pecados.

Lo que decía Hamlet:

¡Palabras, palabras, palabras!

Ya está arreglado del todo esa peregrinación que va á salir de Sevilla para Roma con fervor.

El billete de primera quinientas pesetas son, y no resulta muy caro si con ellas ven á Dios.

Valen trescientos sesenta la segunda condición, ó el billete de segunda;

y los que van de favor, quiero decir, incluidos en piasas ó en montón, no darán más que doscientas...

¡Aun para ver al Señor hay clases, morena mía!

¡Si será equivocación!

Yo no largo dos pesetas, y siempre que miro el sol dando vida su calor, haciendo en germen fecundo

diaria revolución, digo todo satisfecho: —Estoy contemplando á Dios, gratis, sin darle un ochavo. ¡Que me perdone León!

«Todo son desdichas para la pobre España!»

«A última hora asegúrase que Mazzantini ha rescindido su contrato con la empresa de la plaza de toros, prometiendo no torear en Madrid en mucho tiempo.

Esto no está confirmado y sólo como rumor de telegrafo.»

¡Que vá á ser de las instituciones si se confirma!

Hablo de las instituciones taurinas.

¡Bendito sea el telegrafo que nos pone al tanto diariamente de todo lo que más nos importa!

Y dice hoy *El Liberal* de Madrid:

«En un almuerzo con que hoy ha sido obsequiado el Sr. Maura, han cantado flamenco las más aplaudidas notabilidades de dicho género.»

¡Pa que te consuele, Gamazo!

Cuando vaya á visitarte tu cuñado después de su viaje á Sevilla, no lo vas á conocer.

CARRASQUILLA.

Noble explicación

Para que nos representase en el mitin republicano celebrado en el circo de Colón, en 29 de Septiembre del próximo pasado año, esta redacción se honró nombrando su delegado al Sr. D. Aureliano Albert. En aquel acto, como es sabido, se manifestó un creciente y entusiasta deseo por la unión republicana.

Fué nombrada una comisión que trabajase por llevar á la práctica el logro de estos fines. De esa comisión formó parte nuestro representante, el cual, procediendo con arreglo á los principios de la más pura corrección y democracia, nos envía hoy la siguiente carta, dando cuenta de cómo usó de las facultades que le concedimos. Solo hemos de decir que nos satisface completamente la conducta observada por el Sr. Albert, reconociendo que ha obrado dentro de los justos límites que al conferirle nuestra representación indicamos. Aun á trueque de ofender su modestia, sirvan estas manifestaciones de público reconocimiento.

«Sr. Director de EL BALUARTE.

Mi distinguido y querido amigo: Consecuente con las ideas expuestas en las contestaciones de gracias dadas á usted, al presidente del Circulo de fusión republicana de Coria y á los demás centros que se sirvieron honrar con su representación para el mitin del 29 de Septiembre, por conducto de usted voy á dar cuenta de mi mandato y de cómo he cumplido el encargo que, como uno de los comisionados, me otorgaron los republicanos congregados en el circo de Colón en aquella memorable fiesta.

Sabe usted lo poco inclinado que soy á hacer pública ostentación de mi modesto nombre y de mi insignificante persona; pero, así y todo, hoy me veo obligado á quebrantar mis propósitos, por gratitud á los que me honraron con su confianza y á los republicanos que en unión con los demás compañeros me otorgaron la singular distinción de comisionado para la ejecución y cumplimiento de las bases aprobadas aquella noche.

Como usted, la mayoría de los representantes en el circo de Colón, se pronunciaron en contra de que pudiera tratarse de la formación de un nuevo partido ó grupo. Estas excusas son mis ideas, y así tuve el gusto de manifestárselo en la carta inserta en su diario, correspondiente al día 2 de Octubre, y en la que dirigí al Circulo de fusión republicana de Coria del Rfo, inserta en *El Coriano* de 8 de Octubre.

Mis ideas, pues, eran las de usted y las de los cuatro representados, así como las de los republicanos que concurrirían al mitin. Ni nuevo partido, ni nuevo grupito, ni iglesia nueva.

Reunida la comisión elegida, practiqué los trabajos que se tradujeron en la circular de 10 de Octubre en que van insertas las bases. Allí se reflejó el pensamiento de la comisión, calculado en las bases, ajeno por completo á constituir grupo independiente, ni nada que pudiera parecer propósito de constituir iglesia aparte. Hubiera sido empresa loca, como lo era también pretender que por medio personal ó por deseos de notoriedad, aspiráramos á ser factor ponderable en los trabajos de concentración ó de fraternidad republicana. Ni teníamos tal empeño, ni éramos tan insensatos, sobre todo los que como yo vivíamos en las obscuridades del montón anónimo.

Considero la comisión como más oportuna para llegar pronto al deseado objeto, dirigirse á los directores y jefes de las agrupaciones repu-

blicanas, más ó menos fuertemente organizadas, pero organizadas al fin y como tales reconocidas. El Sr. Pi y Margall se negó á toda inteligencia. La fusión, el partido progresista y la concentración democrática republicana, se prestaron gustosos á designar comisionados para tratar de las bases de unión.

Al propio tiempo que la comisión del mitin, otro elocuente republicano procuraba el concierto con preterición de la comisión del mitin, siquiera más tarde se explicase la omisión que se hiciera de los que iniciaron los trabajos preliminares para la común inteligencia.

Con sentimiento lo declaro: cuando comenzó esta labor ya hubo quien con muy mal acuerdo lanzó sueltos y artículos ofiosos en la prensa nacional y extranjera, atribuyéndose el papel de inspirador del mitin, de director de aquella fuerza, bautizando aquella nobilísima aspiración de los republicanos con la denominación de *fraternidad revolucionaria*. Hago historia y reseño los hechos.

Preparados los trabajos preliminares y cambiados los respectivos nombramientos de comisionados de las fuerzas políticas, convoqué á mis compañeros para exponerles mi pensamiento, que voy á explicar con la misma claridad que lo hice ante la comisión del mitin, y después en el seno de la junta de comisionados de los tres partidos.

1.º Nosotros no vamos, ni podemos, ni debemos, ni queremos ser un partido.

2.º Los representantes y el pueblo congregados en el mitin, en su inmensa mayoría, forman en los partidos organizados y ni han roto sus compromisos con ellos ni nos han dado más poderes que los necesarios para exitar á la unión ó inteligencia de los republicanos; y desde el momento en que se ha acudido á las direcciones de los partidos, y éstos han convenido reunirse para tratar, nada tenemos que hacer nosotros, porque ni tenemos personalidad, ni autoridad de nadie, ni somos una agrupación que deba ni pueda ponderar en dicha junta, porque en este caso tendrían el mismo derecho otras asociaciones republicanas, y yo no quiero consentir que se nos tache de ambiciosos vulgares, ni que con razón se diga de nosotros que fuimos á aquel acto importantísimo para darnos el gusto de implorar un puesto en la dirección del partido republicano.

3.º Porque como nuestro mandato lo hemos recibido de entidades y de personas afiliadas á los partidos congregados, nuestra representación en la junta tiene que ser muy desairada y expuesta á un papel poco envidiable, al que yo no puedo ni quiero prestarme.

4.º Si se llega al éxito, algo nos corresponde como impulsores del movimiento; y si fracasan los comisionados, entonces habremos de dar cuenta al pueblo, limpios de toda mancha y él decidirá.

Tres éramos los comisionados para asistir á las juntas. Mis dignos compañeros, estimaron la cuestión de modo distinto que yo, y así nos fuimos á las juntas de unión, donde hube de exponer mis ideas enfrente de las que pronunciaron allí mis dignos colegas, retirándome, no sin antes ver en cierto modo confirmados mis temores de que nuestra representación estaba puesta entredicho, por las manifestaciones de un representante de uno de los tres partidos, que vino á hacer más difícil y embarazosa la posición de mis compañeros que permanecieron y continuaron asistiendo á las demás juntas.

No estaba yo sólo en este modo de pensar, ya que coincide conmigo otro de los individuos de la junta, según me manifestó por carta.

La comisión, pues, se dividió en esto que parece cuestión de conducta, pero que es esencialísima, porque afecta precisamente al objeto del mitin y á los fines de los representantes que concurren al acto.

Lo que ha sucedido después, reunirse tres de siete que componen la comisión, firmar una destitución que han remitido á última hora á la junta de unión, afecta un orden interno del que no hay que dar á usted cuenta, ya que el acto se juzga por sí mismo.

Si he andado equivocado en mis opiniones y en la manera de interpretar los deseos de los que se sirvieron honratme con su confianza, he creído servir así la causa de los republicanos, dando muestras de que uniendo se une y formando partidos se descompone y se desune. Yo no puedo tener dos naturalezas, como no puedo tampoco ostentar representaciones para las que no estoy facultado, ni quiero ser causa de nuevas decisiones, ni vestirme con oropeles que no sirven más que para demostrar lo precario de una ostentación sin base sólida y sin fundamento que lo sostenga.

El que considere que los brillantes adornos son elegantes y visten bien, cuide mucho de no presentar sus desnudeces, que la gente toda distingue muy bien las piedras preciosas de las falsas, como el oro de ley del metal de los velones.

Sírvase usted aceptar la relación expuesta como explicación y justa satisfacción al honor que he recibido por la representación con que me honraron, y usted y todos las seguridades de la mucha amistad de su afmo. a., s. s., q. b. s. m.

AURELIANO ALBERT.

En el Transwaal

Pocas novedades de la campaña. El desconocimiento por no ver próximo, ni aun siquiera probable el éxito de una guerra tan sangrienta y costosa, aumenta en Inglaterra. Cada noticia de un fracaso, por muy insignificante que éste sea, es un jarro de agua fría arrojado sobre el

entusiasmo de los que juzgaban cosa de coser y cantar la llegada de Sird Robert y su ejército á Pretoria.

Los hechos van demostrando todo lo contrario: de la ocupación de Bloemfontein por los ingleses, éstos no han conseguido un adarme de ventaja sobre el enemigo, que en cambio se desquitó del fracaso de Cronje en tres brillantísimas jornadas.

Comentando la guerra y su aspecto actual dice muy acertadamente un popular diario:

«Ya está lord Robert en campaña. Ha despedido á Buller en el Natal que se las arregle como pueda, sin darle una compañía de refuerzo. Una, dos, tres veces lo rechaza el enemigo, haciéndole sufrir pérdidas considerables. ¿Qué más da? Gatacre tiene que operar con cuatro ó cinco mil hombres en medio de montañas. French tiene que hacer lo propio, y naturalmente no avanza un paso.»

En cambio, Roberts y Kitchener recogen toda la caballería, la ponen bajo las órdenes inmediatas de French, avanzan por terreno llano con cincuenta mil hombres, cercan con ellos á Cronje, levantan el bloqueo de Kimberley y llegan á Bloemfontein.

El imperialismo respira; el pueblo inglés enloquece; la entrada de las tropas británicas en Pretoria parece cuestión de días.

No hay que fiarse, sin embargo.

Bloemfontein se convierte en una nueva Cápuá; pero sin delicias y casi sin agua. Lord Roberts, amenazado en sus flancos y en su retaguardia, permanece inmóvil, viendo cómo los boers sorprenden y destrozan las columnas que se separan del grueso del ejército.

El imperialismo arruga el entrecejo. Lord Roberts, que se aventuró con cincuenta mil hombres en las llanuras inmediatas al Modder, no admite que se dejen derrotar columnas de mil quinientos ó dos mil soldados y empieza á destituir generales. Hay que dar alguna satisfacción al imperialismo.

¡Buena es éste para contentarse con tan poco! Y en seguida la emprende por su cuenta con toda la oficialidad del ejército, de general para abajo y de subteniente para arriba. Y en crudo, desdeñando toda clase de rodeos y eufemismos, declara que la mayor parte de los jefes y oficiales son pura y sencillamente estúpidos. Así, como suena. Un periódico dice que no tienen dos adarnes de seso; otro, que no sirven para tirar del ronzal de una mula, y así por el estilo.

No creemos que se haya oído nunca cosa igual.

Tal es el imperialismo británico. Si así trata á los que al fin y al cabo le sirven, júzguese cómo trataría á los vencidos.

A esto se viene á parar cuando la gloria militar se confunde con el pago de la soldada.

Y el imperialismo entiende que el que cobra, además de entregar la vida, tiene irremisiblemente que vencer, aunque defienda una mala causa.

Como todo negociante, exige el cumplimiento de un contrato.»

De actualidad

LA EXPOSICIÓN

Dicen de París que ayer han asistido á la Exposición más de 400,000 personas.

La plataforma giratoria utilizáronla más de 40,000.

La reproducción de un barrio gitano inauguróse por la tarde con bailes gitanos y cante y baile flamencos.

Por la Puerta monumental entraron unas 3,000 personas por minuto.

NORABUENAS

El presidente Loubet y el gobierno francés recibieron felicitaciones del rey de Serbia y la mayoría de los gobiernos extranjeros, por la inauguración de la Exposición.

HOMENAJE Á KRUGER

Muchos parisienenses que han visitado la exposición depositaron violetas sobre el retrato de Krüger en la vitrina del Transwaal, en testimonio de simpatía.

MEETING

En Gijón ha habido un meeting de litógrafos huelguistas.

Acordaron persistir en su actitud. Fogosos discursos contra los políticos todos, incluso los socialistas.

ASUNTOS DE GOBIERNO

Conferenciaron Silvela y Villaverde, dícese que respecto del alcance y extensión de la crisis.

Ha conferenciado Azcárraga y Silvela acerca de la combinación militar.

Indícase al general Marín para Senador vitalicio.

COMLOT

Le *Petit Journal* dice que se han tomado precauciones para seguridad de los extranjeros.

Añade que se ha descubierto en Niza un complot contra Loubet, estando comprometidos treinta italianos, uno de los cuales marchó á París.

ENTRE ESPAÑOLES Y FRANCESES

Dos naranjeros españoles cuestionaron con un francés.

La muchedumbre les insultó, intentando agredirles.

Los españoles se defendieron, disparando sus revolvers.

De la reyerta resultó herido un francés, en vista de lo cual, la multitud sujetó á los naranjeros, amarrándolos á unos árboles.

En esta situación los golpearon fuertemente con unos garrotes, dejándolos medio muertos.

Los españoles se encuentran en gravísimo estado.

LA CRISIS

El *Heraldo* insiste en que en el Consejo del miércoles surgirá la crisis.

Dícese que Silvela tiene urgencia en la modificación del Gabinete.

EL «MONTEVIDEO»

El Gobierno ha teleografiado á Mahon para que se extremen las medidas sanitarias á bordo del *Montevideo*, á fin de evitar el contagio de la de la peste.

LA BODA DE LA PRINCESA

En París la prensa dice que la regente y el Gobierno de España no tratarán antes de Septiembre de la boda de la Princesa de Asturias.

MONROE

Dícese que los Estados Unidos, después de adquirir las Antillas dinamarquesas, gestionará la adquisición de las holandesas y otras posesiones de Francia é Inglaterra.

RESCATADOS

El cónsul español en Manila telegrafía que han llegado 92 prisioneros libertados en el vapor *Zayabas*.

CONGRESO

Se ha publicado la convocatoria para Noviembre del Congreso hispano-americano.

DISCURSO

Azcárate dió una conferencia política en Toledo, siendo aplaudido.

EL GOBIERNO

Silvela niega la proximidad de la crisis.

BIEN TRATADOS

Los oficiales ingleses prisioneros en Pretoria firmaron una protesta contra las suposiciones de algunos periódicos de que eran maltratados por los jefes boers encargados de su custodia. Préstanseles grandes consideraciones.

LA CARTA DE RECOMENDACIÓN

La nieve cubría la tierra, silbaba furiosamente el viento á través de los árboles, y aunque eran las doce del día, la campiña estaba desierta.

Tan sólo un individuo circulaba por el camino que va desde Valognes á Briquibec.

Era el tal un aldeano, joven todavía, robusto y de agradable fisonomía.

Antonio Mery se dirigía al castillo de monsieur de Rabou, con objeto de pedirle en arrendamiento una finca, cuyo colono había sido despedido.

Eran muchos los solicitantes, y Antonio Mery no hubiera esperado lograr su propósito, sin la recomendación del notario de Valognes, Mr. Rovere, que le había dado una carta para el propietario. Además, merecía que su solicitud fuese tomada en consideración, porque si el capital de que disponía era escaso, lo suplía con su celo, su inteligencia y su probidad.

Vefa ya á lo lejos las torres del castillo de Rabou cuando oyó los ladridos de un perro, procedentes de una cantera abandonada abierta á la derecha del camino.

Acercóse Antonio, y vió en el fondo un perro negro medio sepultado en la nieve.

Antonio bajó por una rápida pendiente cubierta de nieve, sin reparar en el peligro que corría, y logró salvar al pobre perro, que estaba yerto y tenía dos patas heridas. Lo cogió en sus brazos, lo lió en una manta, y prosiguió su camino hacia el castillo de Mr. de Rabou.

Este, que había servido en la Marina, donde había llegado al grado de vicealmirante, era conocido en el país por su mal genio, y por su rudeza de carácter.

Antonio dejó el perro en la antesala y se hizo anunciar como enviado de Mr. Rovere.

Cuando el criado le abrió la puerta del despacho de su amo, oyó el campesino que el propietario exclamaba con voz de trueno:

—¡Voto á [mil bombas]! ¡Ni siquiera le dejan á uno almorzar con tranquilidad! ¡Adelante! ¿Qué quieres de mí?

—Dispense usted, señor almirante—dijo Antonio—volveré otro día.

—¿No vienes de parte del notario de Valognes?

—Sí, señor.

—¿Y me traes una carta?

—Aquí está.

El marino la cogió bruscamente, y dijo: —Veremos si ha arreglado ya el asunto del bosque. No estaré tranquilo hasta que esté firmada la escritura.

Mr. de Rabou leyó la carta y exclamó con indignación:

—¡Nada! ¡Voto á mil bombas! ¡Ese hombre no se habrá acordado de mi encargo! ¡No te ha dicho algo para mí?

—Nada, señor almirante.

—¿No traes ningún otro papel?

—Ninguno.

—¡Voto á mil bombas! ¡Buena estoy yo ahora para hacer un favor á cualquiera!

Antonio estaba muerto de miedo y no sabía si debía retirarse ó permanecer en su sitio.

—¿Cómo es eso!—exclamó de pronto el marino.—¿Has venido á inundar me la alfombra?

El campesino dirigió una mirada al suelo y vió con terror que la nieve de que se había cubierto al bajar á la cantera se había derretido á sus pies.

—¡Perdón, señor almirante!—dijo Antonio.

—He venido á hablar de la casa de la labranza...

—¿De qué casa?

—La de la Manzanera, que va á ser arrendada por el señor.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Todo el mundo lo sabe.

—Pues todo el mundo está loco.

—Sin embargo, el notario me ha asegurado...

—Ese hombre se ocupa de lo que me le importa. ¿Es él quien te envía?

—Sí, señor almirante.

—Pues bien; dile que no le necesito para que me proporcione el colono que hace falta.

—Se lo diré.

—Yo me basto y me sobro para encontrarlo.

—Pues en este caso, señor almirante...

—No quiero elegir al primer adventizo que se me presente, sin estar seguro de su capacidad y honradez.

—Pues de eso habla la carta, señor almirante.

—Tú eres demasiado joven para el caso, pues yo necesito un hombre de experiencia, muy inteligente en agricultura. Además, yo exijo garantías que me aseguren el pago á su debido tiempo.

—¿Y el señor almirante ha encontrado ya lo que le conviene?

—Sí, daré la finca á Paturó!

Antonio no quiso insistir y abrió la puerta para retirarse.

En aquel momento el marino oyó ladrar al perro que estaba en la antesala, se dirigió hacia ella y preguntó al campesino á qué se debían las heridas del pobre animal.

Antonio refirió cómo había encontrado al perro, mientras se encaminaba hacia el castillo.

—¡Ah!—dijo el vicealmirante.—¿Por eso estabas cubierto de nieve? ¿Y has expuesto la vida por tan poca cosa?

—He obrado así, señor, porque el animalito sufría horriblemente.

—Como conoces á la dueña, le pedirás una recompensa por el hallazgo.

—Nada de eso, señor. Me basta la satisfacción de mi conciencia.

—¿Cómo te llamas?—preguntó el marino á su interlocutor.

—Antonio Mery.

—¿Y deseas arrendarme la casa de labranza de la Manzanera?

—Sí, señor almirante; lo deseo con toda mi alma, porque de ese modo podré educar á mis tres hijos.

—¿Tienes tres hijos?

—Sí, señor.

—Cuestan muy caros los hijos.

—Pero por ellos se trabaja siempre con ardor. Si usted me concediera esas tierras, los pobrecillos no carecerían de nada. Pero como no tengo más garantía que la de mis brazos...

—No conozco otra mejor—dijo el marino.

—Sin embargo, como usted no me conoce.

—No te conocía antes, pero ahora sí.

—¿Por la carta de recomendación?

—No, por tus propios hechos. No hay mejor recomendación que la nobleza de tu alma. Tuya es la finca de la Manzanera.

El buen señor refería con frecuencia la anécdota del perro y el campesino, y después de haberla contado añadía que un rasgo de humanidad debe ser para todo el mundo la mejor carta de recomendación.

EMILIO SOUVESTRE.

Noticias locales

LOS JUEGOS FLORALES

Se da como seguro que el día 30 llegará á Sevilla el Sr. Moret, y que el día 25 se celebrará la solemne sesión de apertura de premios á los concurrentes á los juegos florales del Ateneo. El solemne acto se celebrará en el teatro de San Fernando, decorado bajo la dirección de los